



Anecdotalario

De José B. Suárez, de Su Libro

"El Recreo del Soldado Chileno", Librerías de "El Mercurio", 1877

Fray Luis Beltrán, el cura-soldado de la Independencia

Apenas organizado el primer Ejército nacional en 1811, fray Luis Beltrán se introdujo en el cuartel de artillería de la capital, y contrajo amistad con los oficiales de esta arma: allí pasaba horas enteras observando el montaje de los cañones, y examinando los instrumentos usados para la fabricación de proyectiles. En pocos días lo aprendió todo; y, por mera entretención, trabajaba bombas y metralías y manejaba los cañones como un artillero experimentado.

Su pasión favorita lo llevó al sur a la época de la campaña del general Carrera: en ella desplegó su valor extraordinario y prestó muy buenos servicios como oficial voluntario de montaje. Cuando a la época de la suspensión del sitio de Chillán, se trató de hacer reventar un cañón de a veinticuatro, el padre Beltrán se

encargó gustoso de esta operación, que nadie sino él habría podido ejecutar después de la muerte del mayor Oller.

Después de la pérdida del país el padre Beltrán había cruzado los Andes, llevando sobre sus hombros un saquito de herramientas, con que pensaba ganar la vida, según él mismo decía. Eran esas herramientas los instrumentos más necesarios para la fabricación de proyectiles: con ellos se presentó a San Martín a ofrecerle sus servicios, y desde luego entró a ocupar el puesto de capitán de artillería del Ejército que entonces se organizaba. Como era de suponerse, sus conocimientos fueron de grande importancia: se encargó de la dirección de la maestrana, cuidó de preparar las municiones y discursó mil ingeniosísimos arbitrios para acomodarlas a fin de que nada sufriesen en la dilatada marcha, porque iba a comenzar la campaña (1).

(1) Este excelente oficial pasó después a servir en la campaña del Perú. Concluida la guerra, se retiró a Buenos Aires; hizo dimisión del empleo de teniente coronel que había ganado con tanto honor y crédito, y quedó de clérigo en aquella ciudad. Con sentimiento debe añadirse que este hombre verdaderamente benemérito murió en 1827, olvidado del Gobierno y en la pobreza.

GREGORIO ARGOMEDO SE LUCE EN EL CABILDO

Uno de los personajes más simpáticos de nuestra Independencia es el doctor Argomedo, sin duda el más elocuente de sus contemporáneos.

El siguiente episodio de su historia hasta por sí solo para probar la viveza del singular carácter de Argomedo.

Habiendo sido elegido el conde Toro para presidente de la Real Audiencia, en lugar de Carrasco, fue proclamado Argomedo como su secretario. Ni el carácter, ni la edad del conde Toro eran a propósito para abrazar con el entusiasmo necesario las vanas ideas de los partidarios de la Independencia, y de aquí emanaban los serios inconvenientes que se oponían a la reunión del primer Cabildo abierto que debía tener lugar el 18 de septiembre de 1810.

Los patriotas más decididos dudaban del feliz resultado de sus esperanzas; pero Argomedo se sobreponía a todo y el cabildo tiene por fin lugar el día designado. El conde Toro presidió la reunión; mas no pudiendo soportar los calurosos discursos en que se proclamaba la independencia de la patria, arroja con marcada arrogancia su bastón de mando, acaso ya abrumado del rol que estaba desempeñando. Hay un momento de silencio... pero el doctor Argomedo, cuan vivo y agudo era, supo sacar partido de esta circunstancia; toma el bastón, y presentándolo al pueblo, pronuncia estas elocuentes palabras: "Ciudadanos! He aquí el más noble ejemplo de republicanismo y de desprendimiento que pudiera darnos nuestro muy ilustre

presidente: ojalá el absolutismo y arroja su bastón entre nosotros diciéndonos con esto: "Yo no soy quien preside; con esto vosotras derechos y sé que al pueblo es a quien corresponde decidir sobre su forma de gobierno y elegir las personas a quienes debemos encargarnos de hoy la dirección de los negocios públicos..." Y dando el primer grito de "¡viva la independencia de Chile!" fue a confundirse con el común de los ciudadanos para respirar con ellos la libertad de la patria, que acababa de proclamar por sí solo a la faz del mundo entero.

LOS "TOROS" QUE NECESITABA SAN MARTÍN

San Martín, en la organización del Ejército de los Andes, estudiaba perfectamente a sus oficiales. Quería conocer a fondo a cada cual y el grado de confianza que debían merecerle, y de ordinario los empleaba con el objeto de descubrir su valor y sus inclinaciones. En el campamento de Mendoza era permitido el duelo para la satisfacción de las injurias, y como correctivo de los cobardes y provocadores.

Por encargo del general en jefe se tendían muchas veces asochanmas o se preparaban sorpresas en las altas horas de la noche a los superberos de cohardía; y el oficial que abandonaba su puesto delante de visiones extrañas o que no se batía con audacia y decisión contra cuatro hombres que lo asaltaban en el camino era separado al día siguiente del servicio militar.

Celebrando el aniversario de la creación del primer Gobierno argentino, San Martín mandó hacer en la Plaza de Mendoza una corrida de toros en que debían tomar parte los oficiales de su Ejército; algunos de ellos probaron ese día un arrojo temerario y un gran desprecio por la vida. El Gobernador lo observaba todo con la más viva atención: "Esos locos —dijo con este motivo a O'Higgins, que estaba a su lado— son los hombres que yo necesito; ellos se temen a los españoles..."

"El recreo del soldado chileno" de "El mercurio", 1877. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El recreo del soldado chileno" de "El mercurio", 1877. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)